

# BICENTENARIO DE LAS INVASIONES INGLÉSAS AL RÍO DE LA PLATA, 1806-2006

Alejandro N. BERTOCCHI MORÁN  
Historiador Militar y Naval

Durante este último lustro, al conmemorarse los doscientos años de Trafalgar, se han dado bastantes eventos y conferencias relacionados con aquella batalla, que supuso el fin de muchas cosas y el inicio de otras. Por ello se han vertido al papel y a la luz pública diversas investigaciones donde se señala firmemente la entidad geopolítica que supuso el triunfo de lord Nelson, simplemente el comienzo de un mundo dominado por el tridente de Neptuno, levantado por los anglosajones y debidamente aprovechado por la pujanza de su pionera revolución industrial. En opinión de muchos, Trafalgar fue un gran paso hacia una globalización más afiatada, y ningún rincón del orbe se libraría de ver los colores de la Royal Navy; aunque sobre este aspecto más mundialista pocos analistas se han aventurado, según nuestra opinión, fuera de los marcos del vendaval eurocentrista que entusiasma la mente de no pocos intelectuales.

Es que, sin duda, la principal baza obtenida por el hecho llamado «Trafalgar» lo hallamos prontamente en la definición de que este triunfo de la talasocracia británica tuvo su mayor incidencia inclinando la balanza de poder dentro del continente europeo, con todo lo que esto refleja a nivel universal. Y ello conformó una situación que sólo vería su final tras la segunda guerra mundial. De esto no hay duda, pues el desarrollo de las crónicas históricas así lo van pautando.

De tal manera, Trafalgar se halla inscrita, junto a Salamina, Actium, Lepanto y, contemporáneamente, a la enigmática batalla de Jutlandia o a la de Midway, como situaciones cuyo resultado tuvo una proyección universal, como una suerte de gran caja de resonancia, y donde cristaliza en toda su magnitud el poder naval.

Dentro del colosal mundo de aquella España americana, los tristes sonos de Trafalgar se dieron casi de consuno con las noticias de la misma batalla, pues apenas ocho meses después del triunfo de Nelson una abrumadora fuerza naval británica (1) cae al entero sobre Buenos Aires, cabeza del virreinato rioplatense, en una situación que para algunos fue inesperada, salvo los notorios conspiradores que siempre tuvo Su Majestad Británica (SMB) en esta región del Cono Sudamericano.

---

(1) Se prolongó este episodio histórico desde junio de 1806 hasta septiembre de 1807.

Sobresale puntualmente el aventurerismo de los encargados de llevar adelante esta empresa, como un lejano resabio de los dorados días de la piratería isabelina; claro que ahora no estaba enfrente un poderoso Felipe II, sino un débil Carlos IV ya sin marina. Y es que esta desmelenada empresa de conquista parece un calco de aquel pasado, sobre unas tierras desde siempre anheladas por Londres. No en balde, desde Drake en adelante fueron profusamente visitadas por sus corsarios y escenario de un activo comercio embarcado, auspiciado por el contrabando y la fraternal unión con Portugal, dueño de Colonia del Sacramento (2).

Así lo consigna la crónica histórica, con esa constante presencia británica en las pardas aguas platenses, cosa que de una forma u otra significará al paso del tiempo que su peso material y político se haga sentir tan fuertemente que a sólo catorce años del alejamiento de España del escenario a causa de la capitulación de Montevideo, la diplomacia londinense logra crear un nuevo Estado, en una situación particularmente similar a la del reino de Bélgica (3).

Por ello, para una parte de la opinión histórica rioplatense, que motejaríamos de corte «tradicional», estas invasiones inglesas, propiciadas por aquel triunfo naval de octubre de 1805, son paradigmáticas y suponen el preámbulo de la independencia de la región y aun de la penetración de las ideas basadas en la cosmovisión liberal. Este reiterado estereotipo intelectual, para dicha opinión, es aún más señalado que en la misma independencia de las Trece Colonias y en la Revolución francesa, dada la inveterada afición de muchos por el imaginario propio del mundo anglosajón. Por ello, este intento británico de invasión que reseñamos es para una parte de la abundante historiografía oficialista rioplatense el inicio de un proceso de emancipación indetenible y hasta una ocasión perdida, para la anglofilia de algunos criollos.

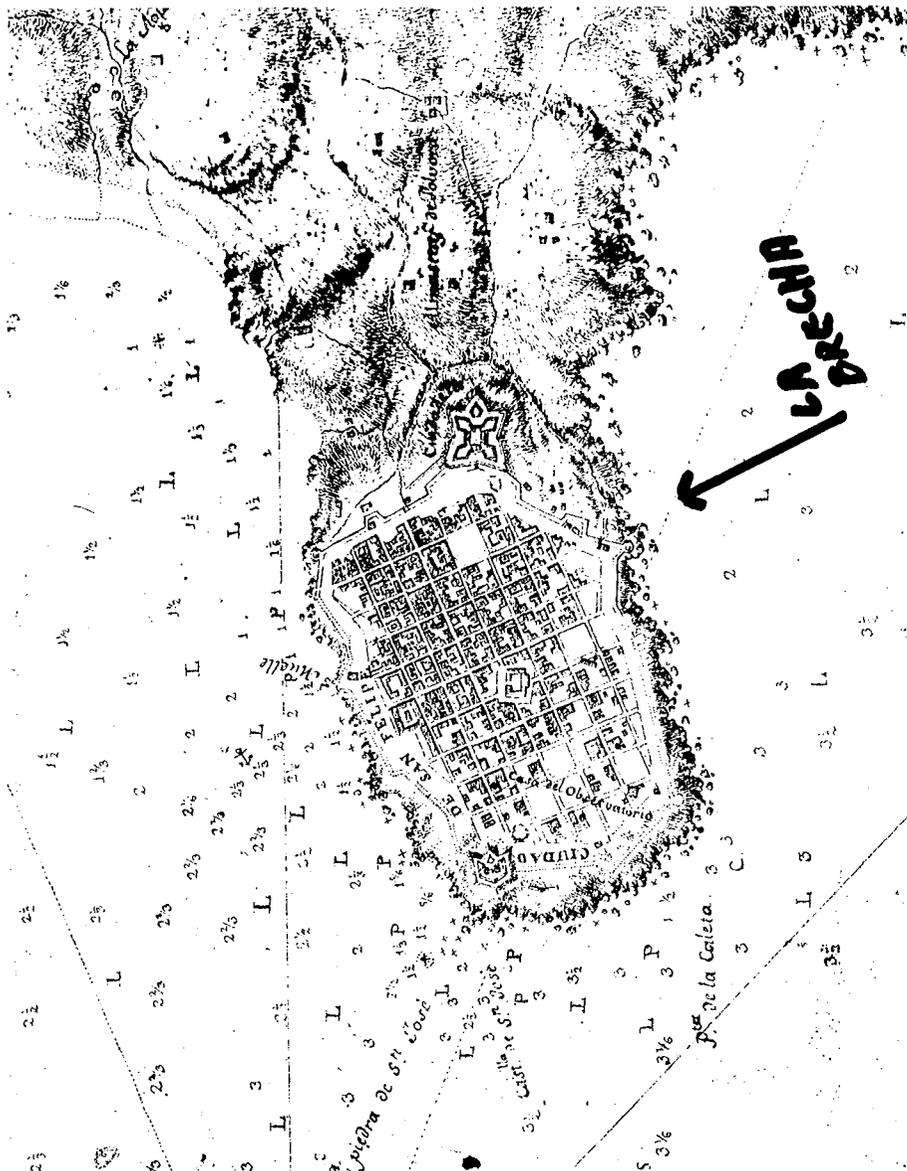
Empero, el triste final de aquella empresa de conquista supuso que esa derrota fuera la más grave y dolorosa que tuviera la historia militar de la Gran Bretaña en todo el siglo XX, junto a la primera guerra afgana. Más aún: dado que la intervención británica en el Atlántico sur de 1805-1806 también derivó en la toma definitiva de las colonias holandesas de El Cabo, esto llevó a un estado de constante desequilibrio político en el sur africano que finalmente condujo a la cruenta guerra de los Bóers de 1899.

Si vamos a los hechos concretos, reconocemos que diversos medios británicos a lo largo del tiempo habían pergeñado planes para apoderarse del Río de la Plata, zona apetecible no sólo por sus vastas riquezas, sino por su idoneidad para devenir en el principal sostén para su poder naval sobre el espacio suratlántico, aguas vitales para controlar el paso al Pacífico. Esto tuvo su incremento luego de la paz de Utrecht, pues este documento, al afirmar el

---

(2) En enero de 1680, el maestre de campo Manuel Lobo clavaba la cruz del Rey Fidelísimo en la Colonia, fundando una plaza de iba a conocer cinco sitios en sus noventa y siete años de lusitana vida.

(3) La convención preliminar de paz se firmó entre el Imperio del Brasil y las Provincias Unidas del Río de la Plata en agosto de 1827, por mediación de la Gran Bretaña. A esa altura, las acciones bélicas entre los contendientes se hallaban en tablas.



Detalle ampliado del plano definitivo del puerto de Montevideo realizado por la expedición Malaspina, en el que se indica el lugar preciso del emplazamiento de la Casa del Observatorio.

llamado «Asiento de Negros», en su enorme mayoría bajo pabellón de SMB, posibilitó que cada comerciante británico se convirtiera en un eficaz agente. A vía de ejemplo, en 1715 se había publicado en Londres una obra firmada por

el Dr. William Toller, rápidamente agotada, donde se exponía un relevamiento de la costa septentrional del Río de la Plata, desde Montevideo a Castillos, utilizando como cobertura el establecimiento de la Compañía Británica de la Mar del Sur. En la obra de Toller se subrayaban las riquezas pecuarias de la Banda Oriental junto, por supuesto, a las debilidades de la soberanía hispana en la región.

De estos esclarecimientos se han encargado muchos investigadores rioplatenses al trabajar, ahora en especial, sobre el espacio de gobierno del «segundo» Pitt, primer ministro al que se expusieron no menos de quince planes para entrar en el Plata, alguno de ellos con la firma del venezolano Francisco Miranda (4).

### Primera invasión

En el Archivo General de la Nación se custodian una larga serie de documentos del mando del apostadero de Montevideo, que señalan 1804 como un año donde se registra una continua presencia en aguas del Plata de buques británicos, avistados desde la vigía de San Fernando de Maldonado y la fortaleza de Santa Teresa, pese a regir la malhadada paz de Amiens (5). El gran historiador uruguayo Francisco Bauzá afirma que, poco antes de Trafalgar, ya Miranda se reunía en Londres con Home Popham, quien a la postre sería cabeza de la soñada invasión, a esa altura una de las tantas empresas de conquista ultramarina que se presentaban en la corte de Jorge III. «De carácter atrevido y diestro para vencer dificultades, mitad soldado y mitad diplomata, sin escrúpulo para mentir cuando era necesario, pero hábil para deshacer los inconvenientes en que solían embrollarle sus ofensas a la verdad. Popham era el tipo apropiado para tiempos de revuelta, en que los caracteres de doble fondo están apuntados a la fortuna. Pitt, cuya resolución en la tribuna contrastaba con su apatía en la acción, estimaba en Popham las calidades de que él carecía, y daba rienda a los proyectos del marino, que le prometían nuevos mercados para el comercio inglés y lauros para las armas de la Gran Bretaña, bien menesterosos entonces con motivo de la estrechez a que Bonaparte los había reducido» (6).

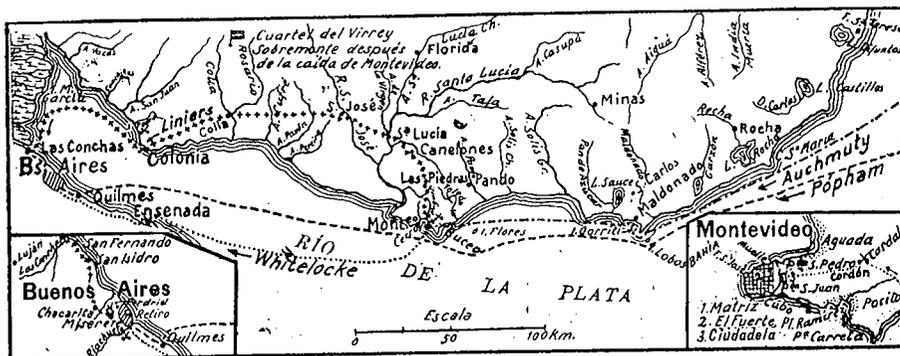
Miranda y Popham obtuvieron, al socaire de Trafalgar, el oportuno impulso para la empresa, aunque Pitt, con su reconocida prudencia, limitó sus miras a la toma de El Cabo. Empero, no debe dudarse de la gran ganancia que obtuvo Londres al controlar Sudáfrica, una magnífica pieza geopolítica para el imperio, lograda virtualmente sin efusión de sangre dada la ínfima defensa

---

(4) Según establecen destacados investigadores, Miranda mantenía contactos con medios británicos desde 1790 al menos.

(5) Los sistemas de vigías y atalayas eran comunes a la casi totalidad del imperio y, como reconoce Jorge Victoria Ojeda (RHN, núm. 88), tenían sus antecedentes históricos en la España musulmana.

(6) BAUZÁ: libro I, t. IV, p. 17.



Mapa de las invasiones inglesas.

holandesa en la región. La fuerza naval británica que operó en esta emergencia se hallaba al mando del almirante sir David Baird y constaba de unos 60 buques diversos con unos 6.600 hombres, formidable concentración cuya presencia no pasaría inadvertida al otro lado del Atlántico para Buenos Aires.

El 10 de noviembre de 1805, Baird había echado anclas en Bahía de Todos Santos, cosa que desató la alarma general. Cuatro días después, los informantes españoles ubicados en Río de Janeiro fueron espectadores de la salida de la flota británica, con un rumbo tal que hacía sospechar un cruce del Atlántico, cosa fácilmente deducible desde las alturas que rodean la capital carioca. Toda esta cadena de noticias comenzó a filtrarse hacia el Río de la Plata al cabo de esa semana, cuando la tremenda nueva de lo acaecido en aguas de Trafalgar galvanizó a todos los mandos, que barruntaban que algo grande se cocinaba. Se sobreentiende que en esas jornadas los correos marítimos hacia la Península habían sido casi cortados, dado el cerrado bloqueo británico sobre Cádiz y Ferrol, por lo que se recababan noticias de fuentes diversas pero que, en especial, emanaban desde puertos brasileños, pues la conexión con Lisboa se hallaba abierta (7). Pero, además, por vía terrestre, los abnegados chasques cruzaban la Pampa, el altiplano y la cordillera enlazando Buenos Aires con Lima, para que desde la Ciudad del Sol se avisara al resto del imperio americano, utilizando el enlace Caribe-Atlántico, a fin de obtener los contactos pertinentes con Madrid. Por ello deducimos que ni para Montevideo ni para Buenos Aires la aparición del grupo de invasión inglés fue novedad, y sí la consumación de viejas sospechas.

A esa altura de los acontecimientos nada podía impedir a los medios navales británicos operar a destajo sobre la navegación adversaria y amenazar el

(7) Uno de los mitos más cultivados por decenas de historiadores es el del bloqueo británico a puertos españoles durante el período 1804-1808. En muchísimos casos nunca la Royal Navy logró negar enteramente el uso del mar a sus adversarios. La investigación así lo dice, y el mantenimiento de la comunicación entre el Plata y España se halla acreditada en decenas de documentos.

mismo Río de la Plata. Por ello, todas estas nuevas activaron los planes de defensa desde hacía años cuidadosamente prevenidos por los mandos militares y navales del virreinato para enfrentar tamaña contingencia, por lo que están de más las críticas de algunos investigadores sobre la presunta desinformación de los mandos navales del apostadero de Montevideo. Así, se pone en pleno funcionamiento el sistema de vigía y descubierta embarcada, estructurado en tiempos del brigadier José de Bustamante y Guerra —quinto gobernador de Montevideo y comandante del apostadero—, que falla parcialmente en el mes de enero de este tremendo año de 1806 al naufragar y perderse totalmente en las costas atlánticas de Rocha el místico *San Ignacio de Loyola*, comandado el teniente de fragata Andrés de Oyarvide, que oficiaba una descubierta en la «portera del Río» (8).

De tal manera, recién sobre primeros del mes de junio se avista desde la torre del vigía de Maldonado el grueso de intervención británico, cosa inmediatamente comunica por chasque a Montevideo, y de este puerto, por barco, a Buenos Aires. Llegaba la hora de la verdad para el gran virreinato rioplatense, mientras Popham y compañía auguraban buena fortuna para sus manes (9).

A continuación corresponde exponer los medios enfrentados en el teatro rioplatense, donde a lo largo de quince meses se va a desarrollar una lucha que puede definirse como directo reflejo del resultado de Trafalgar y de las contiendas napoleónicas subsecuentes, cosa a todas luces evidente.

La flota británica representaba alrededor del 50 por 100 de la fuerza originariamente dispuesta para la operación sobre El Cabo, según estas fuentes unos 14 buques conduciendo más de 1.600 hombres de desembarco a las órdenes del general Carr Beresford. Cruzar el suratlántico y caer sobre el Plata había sido decisión ante todo del comodoro Popham, no sin originar varios sugestivos conciliábulos, quedando Baird a la espera en el sur africano. Haciendo un paréntesis, muchas opiniones se han vertido sobre el porqué de esta decisión, tantas como historiadores han estudiado el episodio. Se sugiere que Popham, en el momento en que decide soslayar el fuerte de Montevideo en pro de tomar Buenos Aires, tuvo muy en cuenta las confesiones de un escocés apellidado Russell, capturado a bordo de una goleta española que navegaba, enmascarada bajo pabellón lusitano, en aguas del Plata inferior. Según refiere Gillespie, un expedicionario que dejó escritas sus impresiones en un

---

(8) BERTOCCHI MORÁN: 1988.

(9) Mucho se ha escrito sobre las conexiones de Popham en el Río de la Plata. Un personaje clave de todo este espacio es el estadounidense Guillermo Pío White: «Amigo de los jefes invasores, lo era de Popham desde hora lejana. Según notas de Florencio Varela, tomadas de conversaciones con Rivadavia en 1842, "había mantenido en la India Oriental negocios con Popham, de cuyos resultados era acreedor contra éste por 20.000 duros y como White estaba desde hacía tiempo en Buenos Aires cuando llegó Popham, se ofreció a éste para descubrir los caudales públicos y del comercio de los artesanos para pagarse lo que Popham les adeudaba. Convino éste y White descubrió los fondos que tenía la Compañía de Filipinas, la venta de tabacos y otros objetos cuyos productos dividieron él y Popham"». PICCIRILLI, Ricardo, y GIANELLO, Leoncio: *Biografías navales*. Departamento de Estudios Históricos y Navales, Buenos Aires, 1963.

libro luego publicado en Londres, el referido escocés tenía una residencia de quince años en Buenos Aires como práctico, y sin duda reveló las debilidades de esta plaza, desde luego ya consabidas por el mismo Popham.

Retomando el hilo de las fuerzas en presencia, se debe observar que la defensa hispana del Río de la Plata recaía en forma casi total sobre las espaldas del apostadero de Montevideo, aunque, entre otras cosas, para el cumplimiento de su misión general carecía de fuerzas bastantes para negar el uso del mar al enemigo. El momento histórico imposibilitaba enjugar la brecha material existente entre los medios navales propios frente a los de la Royal Navy. Treinta años atrás el Río de la Plata se había sobrecogido con la majestuosa visión de las más de cien velas al mando de Casa Tilly, hispánico alarde que posibilitó a la expedición del mariscal Cevallos recuperar Colonia del Sacramento y tomar Santa Catalina, amenazando el sur del Brasil lusitano. En cambio, en esta oportunidad, agonizantes ya las fuerzas de la Real Armada, sólo quedaba confiar en la artillería de la plaza montevideana y en los buques dispuestos a las órdenes del comandante brigadier don Pascual Ruiz Huidobro: la fragata *Asunción*, de 24 cañones; corbetas *Fuerte* y *Atrevida*, de 26 y 2 cañones, respectivamente; el bergantín *Ligero*, de 14 cañones; la goleta *Paz*, de 10 cañones; el falucho *Panamá*, y 25 lanchas cañoneras construidas en tiempos del comandante Bustamante y Guerra. La corbeta *Descubierta* se hallaba de dotación en las islas Malvinas, y recién sobre finales del mes de julio arribaría desde la Península el único refuerzo, la corbeta *Infante Francisco de Paula*, de 24 cañones. Este buque había partido desde Vigo, rompiendo el bloqueo enemigo (10).

En la ensenada de Barragán sólo se contaba con dos lanchas cañoneras y otras tantas zumacas, con una tripulación heterogénea al mando del capitán de navío don Santiago de Liniers. Esto era todo lo que por agua poseía la capital del virreinato para su defensa, de suerte que nada podía interponerse a un posible desembarco británico.

En relación al teatro donde se van a vivir los acontecimientos, debe recordarse que el gran espejo de aguas del Río de la Plata se halla dividido en tres espacios físicos netamente diferenciados, aunque las operaciones se desarrollarán en sus dos últimas porciones: Plata medio y superior. Ya se conoce que la inteligencia británica conocía estas aguas, pero el calado de los buques mayores de Popham limitaba seriamente su operativa al hacer difícil, por no decir imposible, una aproximación al límite costero de la orilla meridional, por ejemplo para emplear su artillería o lanzar el desembarco en un marco de cobertura cercana. Frente al puerto de Buenos Aires, con exclusión de la zona de Los Pozos sólo se sondaban unos cuatro o cinco pies, indistintamente. Los grandes bancos de aluvión obraban en contra de los calados profundos, cosa que Popham reconocía; pero, como se observa, el inglés confió en su buena estrella y en la inteligencia que poseía del teatro donde procedería a operar. Y estos factores lo conducirían al éxito.

---

(10) GONZÁLEZ-ALLER, José Ignacio: p. 49.

El 25 de junio de 1806, la flota invasora se presenta ante la capital virreinal, mientras al sur, sobre las playas de Quilmes, tenía lugar el desembarco de unos 1.641 infantes que sólo cuarenta y ocho horas después se hacían con la ciudad casi sin oposición. Momento de euforia para los británicos y en especial para el comodoro, que veía así cómo se consumaban sus esperanzas. En este caso se han cargado las tintas sobre la figura del virrey Sobremonte, a quien se culpa de entregar la ciudad al abandonar al campo y retirarse al interior:

«Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres por la infamia con que se los entregaba; y yo mismo he llorado más que otro alguno, cuando a las tres de la tarde del 17 de junio de 1806, vi entrar 1.500 hombres ingleses, que apoderados de mi patria se alojaron en el fuerte y demás cuarteles de la ciudad» (11).

Para el entendimiento del invasor, Popham había tenido razón al soslayar Montevideo, sin duda un hueso duro de roer; pero justamente fue este factor el que desencadenará la reacción hispana: el comodoro había dejado a sus espaldas una fuerza capaz de organizar una operación de reconquista casi por sí misma, con sus solos efectivos.

Empero, nada de esto pasaba por las mentes del vencedor. Baste decir que fue tal la euforia británica que Londres se vistió de gala, mientras el nombre de Popham alcanzaba el pináculo, aprobándose públicamente su corsaria acción, que daba a SMB la joya más preciada del océano austral.

## La reconquista

«Mientras el silencio y la angustia dominaban en Buenos Aires, era bien distinta la apariencia de Montevideo, entregada a extraordinaria actividad bélica y cívica (12)». La toma de la capital virreinal fue un momento de eclosión moral para «el antemural del Río de la Plata», como definía Cevallos a San Felipe y Santiago de Montevideo, y también una hora donde un fundamento natural del ser español se daba de cara a la gravísima situación que se vivía en aquel inolvidable invierno de 1806.

Con plena inmediatez se dan una serie de acontecimientos cuyos ecos resuenan aún. El Cabildo montevideano, con fecha del 18 de julio, declara al gobernador Ruiz Huidobro máxima autoridad del virreinato, dado que el marqués de Sobremonte había, virtualmente, abandonado el campo al enemigo, insuceso que además se había agravado al prestar juramento de fidelidad a la autoridad británica parte de sus colegas bonaerenses, con muy honrosas excepciones.

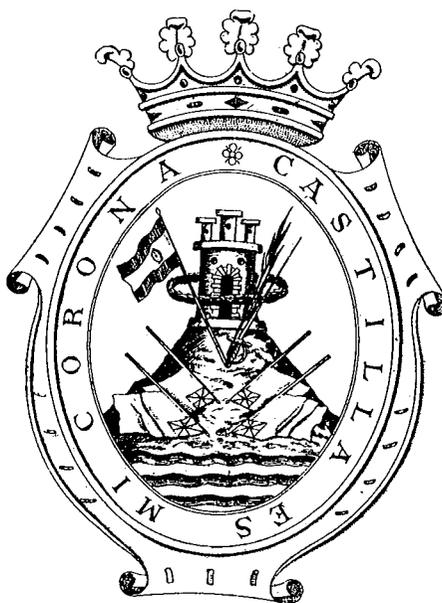
Por ello, casi sin pensarlo, ante el entusiasmo popular, surge la operación de reconquista, que el gobierno pone a las órdenes del capitán de navío don Santiago de Liniers, recién llegado desde la otra orilla.

---

(11) MORENO, Manuel: *Vida y memoria del Dr. Manuel Moreno*. Buenos Aires, 1930, p. 4.

(12) BAUZÁ, Francisco: libro I, t. IV, p. 34.

En la historia militar del Río de la Plata, la empresa de reconquista que reseñamos se halla justamente ensalzada como uno de los sucesos más excelsos de esta parte de la América meridional, justamente en una hora donde parecía declinar la estrella del imperio hispánico. Por ello, para Montevideo, aquellos vertiginosos días constituyen un capítulo apasionante de la historia uruguaya, glosado por decenas de biógrafos dentro de la abundante y compleja historiografía uruguaya. La fuerza que ponía Liniers en liza desde Montevideo constaba de lo siguiente: una compañía de artillería con 75 hombres; una compañía de infantería con 63 efectivos; una compañía de dragones con 216 hombres y otra de blandengues con 174 efectivos, como tropas de líneas. Las milicias y voluntarios adjuntos se componían de dos compañías de unos 150 hombres



El rey modificó el escudo de Montevideo, añadiendo en él «banderas inglesas abatidas».

cada una, otra de «catalanes», de 120 efectivos, y los 73 hombres al mando del bizarro Hipólito Mordeille, viejo conocido de los británicos (13). Se confiaba en que, al momento del desembarque en costas bonaerenses, los efectivos habrían de duplicarse con las abundantes fuerzas dispersas por el entorno de la ocupada ciudad virreinal. La escuadrilla encargada de conducir el cuerpo expedicionario hacia Colonia, donde las tropas deberían embarcar, sumaba unas 27 velas, marinadas por unos 500 hombres bajo el mando del capitán de fragata Gutiérrez de la Concha. Aquí se hallaban los marinos del apostadero al entero: los tenientes de navío Juan Jacinto Vargas y Juan Ángel de Michelena, los tenientes de fragata Cándido Lasala, José Posadas y José Córdoba, y los alféreces de fragata Federico Lacosse y Agustín Aldecoa.

El memorable 23 de julio de 1806, las tropas, con Liniers al frente, repasaban el montevidéano Portón de San Pedro, camino de Colonia, aclamados por el pueblo. La sola lectura del parte de la proclama general que Liniers dirige a sus tropas el 1 de agosto refleja de modo patente del significado de la hora para el futuro de la región y el espíritu que abrigaba el alma del marino gallo frente a la empresa que habría de conducirlo a la inmortalidad:

(13) El francés Mordeille había tenido notable actuación en las acciones corsarias de bandera española contra la navegación británica desde 1804 en adelante. Operó en aguas del África occidental y del Brasil.

«D. Santiago de Liniers, Caballero de la Orden de San José, capitán de navío de la Real Armada y comandante general de las fuerzas de mar y tierra destinadas a la conquista de Buenos Aires: previene a todos los cuerpos que componen el ejército que tiene el honor de mandar para la gloriosa hazaña de la reconquista de Buenos Aires, que esta tarde, permitiéndolo el viento, embarcarán para pasar a la costa sur, que no duda un solo momento del ardor, patriotismo e intrepidez de los valerosos oficiales, cadetes, sargentos, cabos, soldados y voluntarios que lo componen, pero si contra sus esperanzas, algunos, olvidados de sus principios, volviesen la cara al enemigo, estén en la inteligencia [de] que habrá un cañón a retaguardia cargado de metralla con orden de hacer fuego sobre los cobardes fugitivos. El valor sin disciplina no conduce más que a una inmediata ruina; las fuerzas concentradas y subordinadas a la voz de los que la dirigen es el más seguro medio de conseguir la victoria, por tanto prevengo y mando, se observe la más escrupulosa obediencia por progresión de mando, bajo las penas más ejecutivas de las ordenanzas en semejantes casos. Si llegamos a vencer, como espero, a los enemigos de nuestra patria, acordaos, soldados, [de] que los vínculos de la nación española son de reñir con intrepidez como triunfar con humanidad; el enemigo vencido es nuestro hermano y la religión y la generosidad de todo buen español le hace como tan natural estos principios. Por tanto, espero de todos mis amados compañeros de armas que me darán la gloria de poder exaltar a los pies del trono de nuestro amado Soberano, tanto los rasgos de su valor, como su moderación y acrisolada conducta» (14).

A su vez, la flotilla reconquistadora había aparejado desde la bahía montevideana en la noche del 27, burlando el bloqueo por Popham, con lo que el 29 el conjunto expedicionario se halló al completo cobijado por los muros colonnienses, al parecer sin despertar mayores sospechas al enemigo. El ejército hispano, en sólo una semana de marcha, había cubierto 200 kilómetros de campos de la Banda Oriental, cruzando dos ríos salidos de madre por las abundantes lluvias invenales. Así lo dice el mismo comandante en jefe en su informe a Godoy. A media tarde del lluvioso día 3, la flotilla, con todo el conjunto a bordo, se hizo al Plata, luego de un breve cañoneo de las lanchas con una fragata británica que acechaba frente al puerto de Colonia, cubriéndose el grueso, mientras tanto, tras la masa de la isla de San Gabriel. Ya casi oculto el *Astro Rey*, aparejó hacia el suroeste, comenzándose la navegación sobre el amplio espacio de los bajos del Placer de las Palmas, aguas totalmente inaccesibles a los calados de la Royal Navy, a la que se juzgaba cercana, cosa a la amanecida comprobada al visualizar la flota enemiga fondeada frente a Buenos Aires.

Por ello, el desembarco se efectuó sin oposición alguna en la zona denominada Las Conchas, paraje ubicado en el partido de El Tigre, a poniente de la ciudad virreinal, lugar apropiado para encarar con paso seguro hacia campo

---

(14) H.D.: p. 253.

abierto, pues el fango y las riadas dominaban la zona en cuestión. Aquí se recaban noticias de las posiciones del adversario y se aprueba el plan general de ataque, cuyo despliegue se sabe contará con el apoyo unánime de la población bonaerense. En este caso las fuentes difieren, pero es verosímil que las fuerzas de Liniers, al momento del choque final, puedan cifrarse muy cercanas a los 3.000 efectivos.

Al amanecer del día 5, el ejército comenzó la marcha, dificultada por el pertinaz mal tiempo, cosa que también inmoviliza al adversario, enclavado ya en el casco urbano de Buenos Aires. El día 8 ya se hallaba Liniers en los parajes de la Chacarita del Colegio, a tres leguas de la ciudad, donde estableció el vivac. La noche del 11 el conjunto se puso en movimiento hacia el Retiro, casi a tiro de cañón del fuerte. Pero Beresford nada hizo para impedirlo. A la mañana siguiente, la fuerza española desplegó sobre los caseríos ubicados entre la plaza de toros y la quinta de los Azcuénaga, umbral de la ciudad. De tal manera, antes del mediodía Liniers despidió varias columnas por las sucesivas calles de la Merced, el Correo y la Catedral, embocando hacia el corazón defensivo de la posición enemiga, para cercarlo en la zona de la plaza, cosa que se lleva a cabo a carta cabal, aunque no sin combate. Esa insostenible situación hizo que Beresford izara bandera de parlamento, capitulando según las reglas de la época. El comodoro Popham fue impotente espectador del accionar de Liniers, y por consiguiente sólo pudo observar la caída de sus mayores esperanzas, aquello que creía ya logrado para SMB.

En este marco debe destacarse sobremanera la actitud del pueblo bonaerense, que no sólo colaboró con las fuerzas venidas desde la otra orilla del Río, sino que sumó para que el archifamoso Regimiento 71 mordiera el polvo de la derrota.

## **Maldonado y Montevideo**

Empero, el indiscutible dominio naval británico posibilitó que Popham no abandonara el Río de la Plata, aguardando la probable llegada de refuerzos desde un Londres muy esperanzado en lograr tan codiciada fruta. En aquellos gloriosos tiempos de la navegación vélica, las noticias demoraban hartos en llegar a su destino. El 20 de septiembre habían sido desembarcados en Portsmouth los valores cobrados en la toma de Buenos Aires, siendo todo trasladado triunfalmente a Londres. Inmediatamente —cosa lógica— se dispuso el esfuerzo de Popham, despachándose al almirante Stirling hacia el Plata, con el navío *Sampson* y otros buques menores. Al hacer escala en Río de Janeiro, el 13 de noviembre, se enteran del efímero flamear de la Union Jack sobre el fuerte de Buenos Aires, mala noticia que, entre otras cosas, va a provocar el relevo y ocaso del comodoro Popham. Dados los tiempos que reseñamos, todo esto no impide la salida de todo un conjunto expedicionario desde la Gran Bretaña, esta vez al comando del general Samuel Auchmuty, con unos 4.000 hombres, al que se unirá, en pleno Atlántico sur, otro importante

conjunto expedicionario que, al mando del general Crawford, se dirigía a operar en el Pacífico a la conquista de Chile. Como se aprecia, SMB nada dejaba de lado en esa hora memorable para sus armas, clarísimo resultado de lo acaecido en Trafalgar.

Por ello, en sólo tres meses, ya que también desde Sudáfrica arribaron refuerzos, la Royal Navy acumuló en el Río de la Plata una notable fuerza de mar y tierra, cuya consideración conduce al entendimiento de que, desde los primeros días de este 1807, la Gran Bretaña sopesaba seriamente apoderarse del Plata, juzgándose que la operación de los medios que España poseía en la región eran lo bastante débiles para asumir su derrota. Una vez más se confiaba en el poder material de la expedición invasora, dado que era a todas luces evidente que la plaza de Montevideo representaba el nudo de la defensa hispana en el teatro rioplatense. Por ello desde el vemos el mando británico puso toda su intención en poner su planta en la orilla septentrional, ahora aunando la experiencia reciente con la inteligencia recabada en fuentes propias. Sin duda, la confianza de todos campaba por sus respetos dados todos estos factores reseñados, aunque, una vez más, la dirigencia británica no consideraba el factor moral de su adversario.

En realidad, en su primera intrusión, el comodoro Popham había tenido sus razones para dejar por su banda de estribor la plaza de Montevideo para tentar sobre Buenos Aires, ya que la entidad de los medios que tenían los muros montevidEOS lo hacían un reducto firmemente establecido sobre sus defensas pasivas, cubiertas por un volumen de fuego artillero que negaba claramente cualquier posibilidad de penetrar sus muros, al menos de manera ortodoxa.

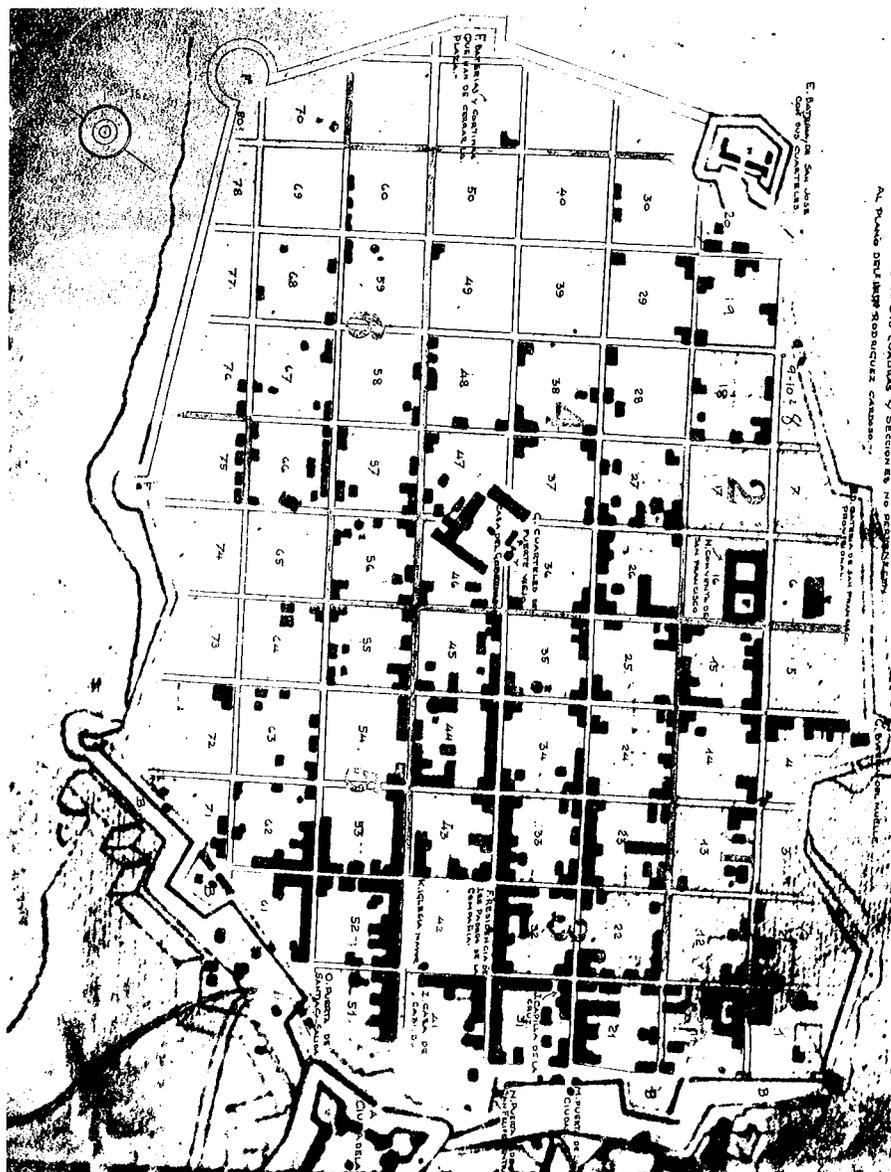
A esa altura, los británicos necesitaban imperiosamente obtener el control de alguna parte de la banda norte platense, y San Fernando de Maldonado resultó, lógicamente, el punto elegido. No había zona más apropiada para desarrollar cabalmente la operación invasora, pues las defensas fernandinas eran muy débiles y se juzgaba que todo habría de discurrir muy rápido y a cubierto de cualquier posibilidad montevideana de reaccionar. El gran espejo de aguas de la ensenada de Maldonado brindaba un bastante regular resguardo para la operativa de la Royal Navy, que así podría hallar un punto de apoyo con vistas a la empresa de lanzarse sobre el apostadero de Montevideo.

Al momento del desembarco en las dunas de Maldonado, la fuerza naval británica constaba de los navíos *Diadem*, *Raisonable*, *Lancaster*, *Ardent* y *Diodeme*; las fragatas *Unicorn*, *Leda*, *Medusa* y *Daphen*; los *sloops* *Pheasant*, *Home* y *Cherwell*; los bergantines *Encounter*, *Protector*, *Staunch* y *Rolla*, mientras los efectivos terrestres alcanzaban los 5.200 hombres. Por ello, para la toma de Maldonado se habría de poner en juego sólo parte de esta formidable fuerza. El día elegido fue el 29 de octubre (15).

Ante esto, la defensa española establecida en la región fernandina se componía de cerca de dos centenares de hombres, más los cañones de las baterías ubicadas sobre la Boca grande y en la isla Gorriti, ínfima fuerza ante

---

(15) BERTOCCHI MORÁN, Alejandro N.: «El puerto menor de San Fernando de Maldonado», *Revista de Historia Naval*, núm. 13. Madrid, 1986, p. 25.



Parte del plano de la ciudad de San Felipe de Montevideo, levantado en el año 1771 por el ingeniero Francisco Rodríguez Cardoso. El arquitecto Carlos Pérez Montero ha indicado los números de las secciones y cuadras del padrón realizado por el Cabildo de Montevideo en los meses de octubre y noviembre de 1769.

tan formidable concentración. Empero, los británicos tuvieron innumerables dificultades para su desembarco por las condiciones de la arenosa costa puntaesteña, y para silenciar el fuego de la batería insular; el solo hecho de anular

sus cañones llevó cuarenta y ocho horas de lucha, capítulo cubierto por situaciones donde la bizarría de los 100 hombres de Gorriti debe destacarse. La irrupción de la tropa invasora en el casco urbano de Maldonado degeneró en actos de saqueo que fueron detenidos por el mando propio con mano dura.

Montevideo, desde el inicio, estuvo al tanto de las evoluciones del enemigo y del desarrollo de la situación. La magnífica red de atalaya vigías y señales establecida hacía una década funcionó en forma perfecta. Luego de la caída de Maldonado, se supuso que los británicos intentarían desembarcar sobre la plaza montevideana en una zona lo más cercana posible a sus muros, dadas su carencia de caballería y la difícil geografía del teatro en cuestión. Además, la cabeza de playa debería fijarse en una de las tantas ubicadas al este de la ciudad, pero cuyo talud fuera apropiado tanto para el calado de sus buques mayores como para el fácil pie a tierra de las tropas.

«De acuerdo con los sondeos mandados hacer por el almirante, Auchmuty desembarcó el 16 de enero de 1807 en la playa llamada hoy de La Mulata o la Verde, por ser la que más podían acercarse los buques por la profundidad e sus aguas, tanto para el desembarco como para proteger a esta con los fuegos de su escuadra» (16).

El autor sostiene la hipótesis de que el referido desembarco se efectuó en Playa Verde, que tiene unos 500 metros de extensión y un talud levemente pronunciado. Inmediatamente ubicada al este de Punta Gorda, la masa de ésta ocultaba la visión de la operativa desde el cerro a ojos del adversario. La Mulata, hoy bautizada como «playa Carlos Gardel», sólo posee 120 metros de extensión, acotada por desprendimientos rocosos con un talud muy lejano a la orilla. Además, la presencia de los bajos de Las Pipas y Forrest King entraña cierto peligro para los buques mayores.

La puesta a tierra de las tropas británicas —quizá por encima de los 5.000 efectivos— se hizo con alguna oposición española, que en todo momento supo por dónde se movía el adversario. El virrey Sobremonte destacó al coronel Allende con unos 800 hombres, apostados para hostigar la cabeza de playa, empresa que tuvo un muy pobre resultado, dada la desproporción de fuerzas y las grandes dunas arenosas que cubrían en aquellos días ese espacio de tierra montevideano, dunas que dificultaban la marcha de la caballada, cubriendo entonces este factor el movimiento del invasor. La presencia de Sobremonte en esta hora ha sido duramente criticada por los historiadores. En realidad representaba un agravante para la defensa de Montevideo, en razón de la dualidad en el mando, situación que nunca pudo ser resuelta.

En este trance, al día 20 de aquel caluroso enero se dio el combate del Cardal, paraje ubicado unos 2.000 metros al este de la ciudadela, donde en una salida cuasi general las fuerzas montevideanas intentaron detener al invasor, pero con poca fortuna. El fuego de fusilería de los «casacas rojas» y su

(16) ROBERTS, Carlos: *Las invasiones inglesas al Río de la Plata*. Buenos Aires, 1983, cap. XIII, p. 204.

artillería lograron desbaratar la acometida española. Esta acción ha sido muy discutida, ya que entablar combate en estas condiciones fue sin duda un grave error de la plaza, pues quedó en el campo casi una tercera parte del potencial propio. Tras este insuceso, el asedio fue muy cerrado, cañoneándose la ciudad en forma constante, día y noche, por cerca de quince días, amagando la flota británica forzar la entrada de la bahía, trabándose un duro combate artillero, sin consecuencias. El mando británico entendió que esta vía se hallaba cerrada y por ello se asumió que se deberían penetrar los muros de la ciudad en un ataque general.

De tal manera, la suerte de Montevideo quedaba sellada la madrugada del 3 de febrero de 1807, al lograr abrirse una brecha, a fuego de cañón, en la muralla sur. Tomado por asalto este punto luego de violentísimo combate, se diseminó la lucha por calles y casas del casco urbano, hasta que finalmente la guarnición de la ciudad levantó bandera de parlamento. «El solo asalto de Montevideo costó a los ingleses 560 muertos y otros tantos heridos, que llenaron la Iglesia Matriz, los salones del Hospital de Caridad y casas particulares. La plaza tuvo 400 muertos y un número de heridos que pasó de 300» (17). Por mar, sólo las lanchas cañoneras trabaron combate con los buques adversarios, aunque con poca fortuna, dados los vaivenes de la rápida penetración británica en la ciudad. Sobre este espacio se resalta el autohundimiento de la *Atrevida*, incendiada para que no cayese en manos enemigas, al fondo de la bahía, iluminando la madrugada montevideana con sus fuegos.

### Buenos Aires, otra vez

La capitulación de Montevideo suscitó en el ánimo invasor la casi certeza de que no existía fuerza capaz de impedir el control de la región, a la luz de lo acaecido meses antes en la primera toma de Buenos Aires. Pese a tan halagüeño panorama, los británicos cometen algunos yerros, como el reemplazo del general Auchmuty por su colega Whitelocke, de oscuras credenciales. Luego de un estudio y preparación profunda, éste se decide a operar contra Buenos Aires ese invierno, tomando medidas en ese sentido desde el mes de mayo, con la toma de Colonia y San José.

Así, el 21 del mes siguiente, la flota británica apareja de Montevideo conduciendo a parte de los más 9.000 efectivos de desembarco que se piensan lanzar sobre la ciudad virreinal, ya eficazmente bloqueada desde el inicio de la segunda penetración invasora al Plata. El 1 de julio la Royal Navy se presenta frente a Barragán, donde se efectúa en forma impune el desembarco; de allí, dando un breve rodeo, se lanzan sobre Quilmes, a pocas leguas del fuerte, para de este punto, escasamente defendido, vadeando arroyuelos y cruzando campos enfangados, arrimarse al Riachuelo, donde las fuerzas de Liniers los aguardan. Pero Whitelocke elude el envite y cruza el brazo de agua una legua más arriba, pese a que la defensa logra hacerles frente en los Corra-

---

(17) H.D.: p. 242.

les del Miserere —sin suerte, ya que el invasor prosigue su marcha hacia el cercano casco urbano bonaerense—. Para entonces, el mando británico ya juzgaba que lo dado hacía ya un año volvería a suceder, por lo que apuró el paso para ingresar a la ciudad.

Se daba inicio a lo que en la jerga rioplatense se titula «la Defensa», que no es otra cosa que la fiera resistencia casa por casa opuesta sobre las espaldas británicas por las tropas de guarnición, la marina, las milicias, los voluntarios y el mismo pueblo bonaerense. El día 5 el invasor sólo había logrado controlar algunos puntos de la ciudad, cuya defensa no daba tregua. Whitelocke había encajonado sus fuerzas en un dédalo de fuego y muerte donde se disparaba desde azoteas y ventanas sobre cualquier casaca roja que cayera en la mira, sobre las que se abatían minas y el lanzamiento de agua hirviendo. Esta verdadera ratonera condujo al rápido agotamiento de la tropa británica. En cuestión de horas, diversos destacamentos quedaron aislados entre sí, con el resultado de su paulatina rendición. En las callejas bonaerenses, Whitelocke tuvo cerca de 2.500 bajas, cosa que lo llevó a pedir la capitulación, como consecuencia del fatal yerro de no considerar la férrea actitud defensiva de la plaza y ciertamente la oposición de sus pobladores. El caso urbano de Buenos Aires fue la tumba de esa acción, y ni siquiera la presencia de la flota supuso condición de peso para seguir la lucha.

«En la defensa de la causa común habían intervenido codo con codo criollos y peninsulares y sólo en la posición estratégica de Retiro había más de 400 marinos al mando del capitán de navío Gutiérrez de la Concha.» (18)

Con la firma de Whitelocke, Liniers y otros se firmó la capitulación británica el día 7. La Gran Bretaña se avenía a abandonar el Río de la Plata, hecho que desataría en Londres durísimas críticas que hundieron a Whitelocke en el descrédito para el resto de su vida. Realmente, los británicos bien podrían haberse hecho fuertes en Montevideo; pero no todo llevó al final, tomándose en consideración la entidad de la resistencia rioplatense.

## Conclusiones

Dentro de los miles de aspectos a resaltar dentro de esta histórica página —como señalamos, de gran importancia para entender los procesos históricos referenciales para esta región del Cono Sudamericano—, sobresale el factor más claro y de mayor peso: la absoluta identidad hispánica del Río de la Plata. Su demostración permanece encuadrada dentro de estas crónicas de la Reconquista, la Brecha y la Defensa, ante cuyo ímpetu nada pudo hacer la talasocracia británica, pese a su abrumador peso material, condición que siempre debe hallarse en la mesa de cualquier análisis militar. El poder naval de SMB, consumado en Trafalgar, no logró inclinar la balanza en ningún momento de toda la empresa invasora, lo que ilustra que para poder obrar sobre tierra y

---

(18) CARAMES, Alberto: *Las batallas del apostadero de Montevideo*. Academia Uruguaya de Historia Marítima y Fluvial, Montevideo, 1996, p. 166.

encarar su control se debe contar imperiosamente con jefes capaces de elaborar una estrategia común y, asimismo, de asimilar los conocimientos del teatro a operar. Y asumimos que la Gran Bretaña no los tuvo en el Plata en aquella hora dada doscientos años atrás, pues sus directrices obviaron, sin saberlo, el factor moral, resorte típico de estos pueblos allende el Atlántico, que supusieron vengar de tamaña manera lo acaecido en aquella jornada del 21 de octubre de 1805 en aguas gaditanas.

Seguramente, en Buenos Aires, Maldonado, Colonia y Montevideo se procederá a conmemorar con justicia el bicentenario de aquella empresa invasora que sacudió durante más de un año el Río de la Plata. En tal conmemoración no deberá faltar, en pro de la justicia histórica, España, cuya esencia que un Menéndez y Pelayo supo verter al papel con sus trazos analizando la obra civilizadora universalista de nuestra Madre Patria (19). Ciertamente, dentro del significado ulterior del capítulo que tan someramente reseñamos, éste conforma espléndidamente lo que el gran polígrafo español señalaba, expresando que su patria había encarado «el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta» (20).

Y ello así debería ser sopesado, aventando lo más negativo de esa cosmovisión posmodernista que reniega del pasado, para que buena parte de la clase intelectual de la Península no dé la espalda de aquel concepto tan caro al espíritu hispano: Imperio.

### Bibliografía

- Academia Uruguaya de Historia Marítima y Fluvial: *El apostadero de Montevideo*. Montevideo, 1996.
- ÁLVAREZ MASSINI, Rubén: «Desde Barragán al Buceo», *Revista Naval*, núm. 23. Montevideo, 1995.
- AZOPARDO, Mercedes: «Invasiones inglesas en el Río de la Plata», *Boletín del Centro Naval*, núm. 650. Buenos Aires, 1962.
- BAUZÁ, Francisco: «Historia de la dominación española en el Uruguay». Col. Clásicos Uruguayos. Biblioteca Arigas, 1965, Montevideo.
- BERTOCCHI MORÁN, Alejandro Nelson: *Oyarvide, piloto de la Real Armada*. Liga Marítima Uruguaya, Montevideo, 1988.
- GONZÁLEZ-ALLER, José I.: «La guerra contra Gran Bretaña en el manuscrito 472 del Museo Naval», *REVISTA DE HISTORIA NAVAL*, núm. 88. Madrid, 2005.
- H.D.: «Ensayo de Historia Patria». Montevideo, 1950.
- MARTÍNEZ MONTERO, Homero: *El apostadero de Montevideo*. IHM, Madrid, 1968.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino: *La conciencia española*. EPESA, Madrid, 1958.
- PICCIRILLI, Ricardo, y GIANELLO, Leoncio: *Biografías navales*. DEHN, Buenos Aires, 1963.
- TORRE REVELLO, José: «Antecedentes y propósitos de las invasiones inglesas», *Boletín del Centro Naval*, núm. 643. Buenos Aires, 1960.
- VILLANUEVA, Héctor: *Vida y pasión del Río de la Plata*. Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1984.

---

(19) Menéndez y Pelayo.

(20) *Ibidem*, p. 261.